

ELIAS L. RIVERS

IN MEMORIAM

BRAE TOMO XCIV • CUADERNO CCCIX • ENERO-JUNIO DE 2014

«And although his life is dead,
He gave us ample consolation
In his memory»

(*Coplas* de Jorge Manrique, traducidas por
Eliás L. Rivers)

EN ocasiones el sintagma se convierte en paradigma. Así ocurrió con Eliás L. Rivers, cuya primera entrada bibliográfica en la sección de libros reza: *Francisco de Aldana, el divino capitán* (Badajoz, Diputación Provincial, 1955), seguida de la edición, dos años más tarde, de sus *Poesías en Clásicos Castellanos* y después de las *Obras Completas* de Garcilaso de la Vega (1964). Porque Rivers, fallecido el 21 de diciembre de 2013, a los 89 años, en Bethesda, Maryland, fue un curioso ejemplo moderno, siquiera parcialmente, de la unión de armas y letras que encarnaran los mencionados poetas y, por antonomasia, Miguel de Cervantes, a cuya obra dedicara numerosas páginas. Claro que, a estas alturas del tiempo, el ejemplo de Rivers suscita sobre todo la imagen del emblema de Alciato «Ex bello pax», donde las abejas hacen su colmena en el interior de un yelmo. Unas abejas que representaron, ya desde los clásicos, el noble ejercicio de la imitación compuesta con la que se labra la miel de la poesía.

Nacido en 1924 en James Island, Carolina del Sur, Eliás Rivers fue un políglota consumado, pues habló inglés y gullah (dialecto africano y costeño) desde sus primeros años y estudió latín y francés en el College of Charleston, ciudad en la que se crio. Más tarde aprendería chino mandarín en la Universidad de Georgetown para poder servir en la Armada de los Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial, en los frentes de China y Birmania. Tras esa circunstancia especial, por la que interrumpió en 1943 sus estudios de Humanidades y Filología Clásica en la mencionada universidad, reanudó su vida académica en 1946, licenciándose en 1948 en la Universidad de Yale, con mención de honor en latín, español y chino. Su elección por la filología española, le llevaría a doctorarse allí en 1952, con una tesis sobre *La vida y obra de Aldana*, que parecía sublimar su propio bivio vital entre el *otium* poético y el *negotium* bélico, luego convertido en trabajo filológico.

Su labor docente fue inseparable de la investigadora, ya desde sus años en Dartmouth College (1952-62) y luego en la Universidad Estatal de Ohio en

Columbus (1962-4) y en la Johns Hopkins (1964-1978). Un período, este último, particularmente fructífero, luego prolongado en su larga estancia, desde 1978 a 1993, en la Universidad de Nueva York (SUNY), en Stony Brook, de la que pasaría a ser profesor emérito tras su jubilación. Al final de su carrera docente, él y su segunda esposa Georgina Sabat se establecieron en Coral Gables, Florida, desde donde siguieron investigando y asistiendo a numerosos congresos. Aparte habría que considerar sus estancias como profesor visitante en las universidades de Berkeley e Irvine, así como los cursos impartidos en diversas universidades españolas. Entre ellas, la Autónoma de Madrid, donde además fue asiduo participante en los congresos de *Edad de Oro*.

En ese sentido, cabe recordar que Madrid, donde tuvo largos años una segunda vivienda, le sirvió de punto de encuentro con otros hispanistas que pasaban por la Biblioteca Nacional o visitaban sus tertulias, como la del café Lyon, donde trató a Antonio Rodríguez Moñino. Elias Rivers adquirió además una casa en Chinchón, que servía de refugio y refrigerio a amigos y allegados, donde daba constantes pruebas de sus dotes culinarias y de su bonhomía.

Rivers tenía un altísimo concepto de la amistad, que sabía cultivar como nadie, manteniendo correspondencia epistolar con muchísimas personas, a las que enviaba cada año, por Navidad, una relación detallada de sus trabajos y sus días. A través de ellas, supimos de los acontecimientos familiares y de algunos que le afectaron profundamente, como el fallecimiento de su esposa Georgina en 2008, así como de sus últimos años en Miami. Allí tuvo el apoyo constante de su colega y amiga Anne Cruz, que dio cuenta de su posterior viaje a Chevy Chase, donde se reunió por última vez con sus familiares.

Su figura imponente, comparable a la de algunos actores norteamericanos, se completaba con la afabilidad de trato y una generosa y permanente sonrisa. Su porte de *pater familias* se manifestó tanto en la realidad de su vida personal (con los tres hijos habidos de su primer matrimonio con Phyllis Phil Rivers y con los cuatro hijos de Georgina), como en la profesional, donde siempre aplicó el modo adecuado a la ocasión, sin perder por ello la elegancia o la entereza.

Trabajador incansable, disfrutó de numerosas becas con las que distinguió su trabajo de investigación y sus proyectos, como la Sterling Fellowship, la Howard Fellowship, la Fulbright Scholarship, la Guggenheim Fellowship y el apoyo del National Endowment for the Humanities. Entre los premios y distinciones alcanzados por sus méritos, destaca el Premio Antonio de Nebrija (1992) de la Universidad de Salamanca y los nombramientos como miembro correspondiente de la Hispanic Society of America, de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y de la Real Academia Española (2009).

Su labor como profesor se refleja en los muchos estudiantes que formó y que le guardaron un respeto y devoción inquebrantables. Fruto de ello fue la colectánea *Studies in Honor of Elias L. Rivers* (1989), que coordinaron Bruno M. Damiani y Ruth El Saffar, alumnos suyos como el resto de los colaboradores, que le dedicaron diversos estudios sobre la poesía y la prosa pastoril o el *Quijote*. En ellos no faltó la perspectiva semiótica, el análisis comparativo entre San Juan de la Cruz y Quevedo, el salto crítico de Góngora a Lezama Lima, las teorías sobre el cuerpo en los estudios de Laín Entralgo, la aplicación de las teorías de la oralidad a *Peribáñez* o las de la estructura laberíntica del yo en *La Dama Duende*. Eric W. Naylor dijo sobre ese volumen en la revista *Hispania*: «These essays, contributed by fifteen of Elias Rivers' students, are a fitting tribute to a teacher capable of awakening interests and inspiring careers.»

Más tarde, en 1992, Brian Dutton y Victoriano Roncero coordinaron un nuevo ramillete de estudios dedicado a Rivers, bajo el significativo título «*Busquemos otros montes y otros ríos*», en el que un apretado círculo de especialistas de distintos países rendía tributo al homenajeado, siguiendo en algunos casos sus propias pautas críticas. El volumen comenzaba con un trabajo lingüístico de Manuel Alvar y terminaba con otro sobre la *vanitas* en la poesía barroca de Bruce Wardropper. Todo un abanico, cuyas varillas apuntaban a asuntos de crítica textual, feminismo, teatro, poesía y prosa, centrados fundamentalmente en los siglos XVI y XVII.

Elias L. Rivers fue un claro exponente del hispanismo que supo seguir la reflexión sobre el Renacimiento llevada a cabo por la Generación del 27, de la que en buena parte fue hijo, dedicando abundantes trabajos sobre poesía y otros géneros, con particular atención a Garcilaso, Aldana y Cervantes, como ya se ha dicho, sin que faltara al reclamo la obra de fray Luis o la de santa Teresa. Ello no fue óbice, para que, al igual que uno de sus maestros, Dámaso Alonso, se decantara también por los autores y géneros del Barroco, especialmente Lope, Quevedo y Calderón. En ese ámbito crítico, siempre al cabo de la creación y de los valores de la traducción, no es baladí considerar su edición de *Hijos de la ira* (1970), publicada a la par, en edición bilingüe, como *Children of Wrath*.

Su devoción por Sor Juana Inés de la Cruz, a la que dedicó una edición estudiantil en 1957, se fue ampliando a lo largo de los años, hasta cristalizar en la coedición que hiciera en 2004 con Georgina Sabat, que, como es bien sabido, se especializó en su obra. Rivers mantuvo y sostuvo siempre un lazo con la monja mejicana, de la que analizó su ambigüedad y valentía onírica, aunque también dedicara otros estudios a la literatura del nuevo mundo en relación con Góngora, así como a la alabanza de la poesía en España y América, o al

tema de la diglosia, aparte sus incursiones en la obra de Cabrera Infante y en la desanalfabetización del héroe en *Don Segundo Sombra*.

Por otro lado, los trabajos de Rivers, siempre al día en los nuevos métodos críticos, sirvieron de sustancial punto de partida a los estudiosos de la literatura en lengua española, sin merma del respeto e interés que siempre mantuvo por la filología en su sentido más clásico. De ahí que fuera pionero en tantos flancos, ya se tratara de asuntos y temas relacionados con la gramatología, la sociología, la crítica textual, la deconstrucción, los estudios culturales o los de género, en los cuales fue un cauteloso adelantado. La perspectiva filológica, orientada al análisis estilístico de los textos y al de las fuentes clásicas, se acercó a la ubicación de la poesía española en la tradición occidental que formalizara Otis H. Green, y que la redimía de una diferencia, tan injusta como parcial, en la historiografía literaria al uso.

Herederero de los formalistas, Rivers dedicó numerosos trabajos al análisis de los géneros, con particular atención al diálogo crítico, al análisis del discurso y a los problemas inherentes a la traducción en lengua vulgar de la poesía culta. Él supo ver tempranamente cuanto de conceptismo había en el *Polifemo* de Góngora y trató de probar con numerosos ejemplos la doble fuente, clásica e italiana, de la que emanaba la poesía española del Renacimiento y del Barroco, aunque él no fuera muy partidario de este segundo término, en consonancia con los propios miembros de la Generación del 27, reacios a hacer una división tajante a la altura de 1600.

Aunque es obvio que el grueso de sus trabajos se centró en el siglo XVI, y particularmente en Garcilaso, lo cierto es que Rivers dedicó numerosas publicaciones a los autores del siglo XVII. Así lo mostró en *Quevedo y su poética dedicada a Olivares* (1998), donde analizó las introducciones que este hizo a las poesías de fray Luis de León y de Francisco de la Torre en 1631, utilizándolas para atacar a Góngora, cuya oscuridad estilística fue para él un claro síntoma de corrupción cultural y moral en España. Rivers mostró también en esa obra su interés por el contexto político de las relaciones de Quevedo con el conde-duque de Olivares y con su yerno Ramiro Felipe de Guzmán, cuya caída en desgracia le llevaría al destierro. Ese punto de mira histórico y sociológico siempre lo sostuvo en sus trabajos, aunque trataran del más exquisito hilo poético.

Un ejemplo de esa visión poliédrica lo ofreció en su artículo de 1992 «Géneros poéticos en el Siglo de Oro», donde planteó la imposibilidad de establecer un esquema estructural que los distinguiera, aunque hubiera fronteras claras, como las de la versificación, utilizada a veces para jerarquizar la poesía. Ese trabajo, que partía de la obra de Jonathan Culler, *Structuralist Poetics. Structuralism, Linguistics, and the Study of Literature* (1975), mostraba cuanto habían supuesto, en la edición conjunta de 1543 de las obras de Boscán y

Garcilaso, los nuevos géneros por ellos cultivados, según los modelos de Petrarca y los clásicos, frente a las «coplas castellanas» del *Cancionero General*. En realidad, el soneto fue para ellos, como para sus seguidores, un «género», aunque también funcionara la clasificación temática, que suponía todo un esquema jerárquico ascendente, desde lo satírico y burlesco, pasando por lo amoroso y moral, hasta llegar a lo heroico y sacro.

Rivers huyó siempre de la teorización en abstracto, partiendo del juego que los métodos ofrecían, pero aplicándolos al análisis concreto de los textos y a su contexto. En ese artículo sobre los géneros probaba, como en otros muchos, que detrás de las cuestiones puramente poéticas andaban imbricadas otras de carácter sociológico y hasta político. Al hilo de los trabajos de John Frow, coincidía con él en la idea de que «la habilidad discursiva es un capital simbólico que se adquiere en el proceso de la socialización». De ahí que recordara cómo en España los poetas y sus lectores eran partícipes de una sociedad estructurada de forma clasista que mediatizaba el acceso a la cultura.

El grueso de sus estudios críticos estuvo siempre asentado en la ecdótica y la hermenéutica de la crítica textual, en la que fue también pionero, como demuestra su edición de las *Poesías* de Garcilaso de la Vega en 1974, donde aplicó inusitadamente métodos poco habituales por aquel entonces en la filología española. Dejando aparte su aproximación a la lingüística bajtiniana y a la teoría literaria, así como sus trabajos sobre la deconstrucción, el diálogo y la dialéctica, el ámbito en el que Rivers destacó fue en el de los estudios sobre oralidad aplicados a la literatura española del Siglo de Oro; tema que centró una buena parte de su investigación sobre la voz y la letra, tanto en la poesía como en el teatro y la prosa.

En ese aspecto, cabe recordar dos obras fundamentales: *Quixotic Scriptures: Essays on the Textuality of Hispanic Literature* (1983) y *Things Done With Words: Speech Acts in Hispanic Drama* (1986), donde mostraba la imperante necesidad de estudiar el teatro como ejemplo de la voz viva y activa. Del primero deseaba destacar algo connatural al autor, cuando trataba de divulgar los conocimientos más especializados entre los no especialistas, utilizando un estilo que además supusiera un acicate para quienes no estuvieran familiarizados con la literatura española. El hecho de haberlo publicado en inglés, como ocurre en el caso de otros autores (pienso en Claudio Guillén), supuso un gran avance a la hora de hacer más universales los estudios hispánicos, sobre todo en el ámbito de la crítica literaria y de la literatura comparada, donde tan lentamente se ha avanzado en esa dirección. Sus palabras son bien significativas al respecto:

Often relegated to the fringes of European and North American culture, Hispanic literature occupies too significant a position to be successfully ignored by comparatists.

Quixotic Scriptures ofrecía a los lectores anglosajones la posibilidad de adentrarse en los métodos de la sociolingüística, la semiótica y la oralidad aplicados a la literatura hispánica desde las jarchas y el *Libro del Buen Amor* al siglo XX, pasando por la literatura renacentista, el teatro y la poesía del siglo XVII, hasta llegar al *Martín Fierro*, *Tres tristes tigres* o los poemas de César Vallejo. Todo ello desde una claridad expositiva que se sentía deudora de la obra de Erich Auerbach o Cleanth Brooks, y que ponía en paridad comparativa el teatro español del Siglo de Oro con el isabelino, o que incardinaba las novedades narrativas de Cabrera Infante en *Tristram Sandy* de Laurence Stern y en el *Ulysses* de Joyce. Su breve análisis sobre el poema de Vallejo «España, aparta de mí este cáliz» ponía sobre el tapete los problemas arrastrados por una patria «madre y madrastra», en la que, si caía, los niños iban a ser sus principales víctimas: («¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto/ hacia la letra en que nació la pena!»).

Leer en 2014 la nota bibliográfica con la que se cerraban las *Quixotic Scriptures* constituye, en cierto modo, un ejercicio de nostalgia, pues cabe preguntarse si no valdría la pena que los autores comprendidos en dicha nota se incluyeran actualmente en tantos y tan amplios catálogos bibliográficos vigentes en nuestras universidades, donde faltan a veces los nombres de P. E. Russell, R. O. Jones, Américo Castro, Vicens Vives y Rafael Lapesa, entre otros muchos, como el del mismo Elias L. Rivers. Su llamada a los trabajos de W. J. Ong, E. Benveniste, E. A. Havelock, A. B. Lord, L. R. Palmer o el ya mencionado Auerbach es, en ese sentido, no solo la constatación de sus propios gustos y afanes, sino su voluntad de acercar los estudios hispánicos a las corrientes críticas más significativas del momento.

Por otro lado, esos y otros trabajos de Rivers demostraban también hasta qué punto es posible que existan «Things Done with Words», como dijo J. L. Austin en su conferencia de Harvard en 1955, y que la traducción sea, en ese sentido, un método inmejorable de extender y extenderse la literatura y la crítica hispánicas, como ocurre con los fragmentos traducidos por él en *Quixotic Scriptures*.

Pero aparte de sus trabajos de investigación, Elias L. Rivers fue también un exponente ejemplar del hispanismo militante, y de la mejor clase, predicando no solo con el ejemplo, sino con numerosas publicaciones, comenzando por su artículo sobre «Archer M. Huntington y el Hispanismo americano» (1956), o los dedicados a Wardropper (1969) y Rodríguez Moñino (1971), destacando en ese ámbito sus trabajos de 1983 y 1993 sobre el «Hispanismo en los Estados Unidos» y su singular artículo «A Hispanist in China» (1991). Tampoco habría que olvidar su particular interés por la obra de Zamora Vicente, Dámaso Alonso, siempre presente, y Rafael Lapesa, fruto de su interés por los estudios lingüísticos y literarios. Sus reseñas fueron también parte de ese hispanismo sin

fronteras de espacio ni tiempo, que él cultivó a rajatabla, dedicadas a estudios y ediciones de autores como Oreste Macrí, Helmut Hatzfeld, D. W. Mc Pheeters y otros muchos.

Además de su activa presencia en la Hispanic Society, en la Cervantes Society y en otros círculos del hispanismo, cabe resaltar que Elias L. Rivers fue elegido en 1986 Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas, para la que trabajó intensamente durante el preceptivo trienio, pasando a ser Presidente de Honor de la misma en 1989. La historia de la AIH no se explica en buena parte sin su continuada asistencia, ya desde su fundación en Oxford, durante el primer congreso allí celebrado entre los días 6 a 11 de septiembre de 1962, pues Rivers era una presencia constante en todos los congresos, participando activamente en sus mesas redondas y en sus asambleas. No me detendré en una historia que ha sido contada puntualmente en diversos trabajos, algunos de ellos incluidos en las *Actas* y en el *Boletín* de dicha asociación.

En el *Boletín de la AIH* 8/01 (2002), Alan Deyermond contó cómo se encontró con Elias Rivers en el tren que le llevaba al congreso oxoniense, del que saldría elegido como presidente de honor Ramón Menéndez Pidal, quien dijo en su ponencia sentirse feliz de estar rodeado de jóvenes investigadores. En ese mismo número, el propio Rivers contaba su experiencia, vinculando el viaje a Oxford al que había hecho a España en 1950, cuando preparaba su tesis, a otro posterior en 1959, relacionado con su edición de Garcilaso, y a un tercero:

Y estando yo en España ese verano de 1962, resultaba posible, con el poco dinero que tenía, asistir a cierta reunión de hispanistas convocada en Oxford por unos profesores ingleses. No me daba cuenta de la trascendencia mundial de la asociación que allí se iba a fundar.

Rivers recordaba encantado los días de Oxford, junto a grandes maestros, algunos de los cuales añoraban con nostalgia su aprendizaje en las aulas de la República Española. Pero finalmente había llegado el momento propicio para que fuera posible una reunión de quienes se interesaban por la literatura, la lengua y la historia del mundo hispánico. El segundo congreso en 1965 tuvo, por razones políticas obvias, que celebrarse también fuera de España, en la Universidad de Nimega, con no pocos apuros económicos. A ese respecto, Rivers contaba el viaje en tren desde Madrid de Dámaso Alonso, Carlos Clavería y él mismo, «como el sastre de Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo». La AIH tiene con Elias L. Rivers una deuda impagable, pues su nombre va íntimamente ligado a una dedicación constante a lo largo de toda su historia, dando probadas muestras de ello con anterioridad a su merecida presidencia, tanto en su calidad de Secretario General desde 1962 a 1980, como en la de Vicepresidente desde 1986 a 1989.

El «Fondo Documental Dámaso Alonso» de la Real Academia Española guarda la correspondencia del ilustre académico como presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas durante el trienio de 1962-5, y luego como presidente honorario de la misma desde 1971. Según señaló Mariano de la Campa en el *Anejo* del mencionado *Boletín*, titulado *Memoria de la AIH*, «la mayor parte de las cartas están remitidas por el Secretario General Elías L. Rivers», siendo todas ellas prueba de lo mucho que hizo por el hispanismo a lo largo de los años, y de su amistad con su admirado poeta y amigo. Ellas son además un jugoso testimonio de los afanes del propio Rivers, que, en un momento dado (el 2 de septiembre de 1971), confesaba a Dámaso Alonso su voluntad de dejar a un lado las ediciones y dedicarse a hacer «una visión de conjunto de los géneros poéticos del Siglo de Oro», lo que llevó a cabo brillantemente.

Dejo para el recuerdo personal los momentos en los que tuve la posibilidad de hablar con él en Chicago, Nueva York o Buenos Aires, así como el privilegio que supuso contar con su amistad y aprender de sus muchos conocimientos. Guardo, sí, el último correo electrónico que le mandé el 12 de diciembre de 2012 desde la Universidad de La Coruña, durante el Coloquio Internacional en el 50º aniversario de la Asociación Internacional de Hispanistas. Apenas unas breves líneas en las que le hacía llegar el afecto de todos, aunque él no pudiera acompañarnos.

«Tras tanto acá y allá yendo y viniendo», como decía su querido Francisco de Aldana, el aliento de Elías Rivers no fue el de un «inútil peregrino», sino el de un hombre sabio y generoso, que pisó firme y abrió numerosos caminos a la Filología para que otros pudieran seguir avanzando.

AURORA EGIDO

Presidenta de Honor de la Asociación Internacional de Hispanistas
Real Academia Española